



El fracaso exitoso

Una mirada desestigmatizante

Por Mauricio Batallas

El fracaso exitoso

Una mirada desestigmatizante

Por Mauricio Batallas

© Mauricio Batallas

@mauricio_batallas_psicologo

www.mauriciobatallasb.com

A la semilla que ha significado cada uno de mis fracasos.

Prólogo

Durante siglos, el fracaso ha sido malinterpretado, temido y castigado. Desde los antiguos griegos que exponían públicamente al que erraba, hasta los sistemas educativos actuales que censuran el error y glorifican la perfección, la humanidad ha cultivado una relación tóxica con aquello que, en realidad, podría impulsarnos más lejos: fallar. Este texto nos invita a resignificar esa experiencia profundamente humana. Con argumentos sólidos, evidencia científica y referencias filosóficas y psicológicas, se plantea que el fracaso no es un obstáculo, sino un maestro. No es el fin de la historia, sino su reinicio. A través de esta lectura, el lector descubrirá que las caídas no deben evitarse, sino aprovecharse. Que el dolor del error, cuando se abraza con humildad y se traduce en aprendizaje, se convierte en combustible de crecimiento. Porque, como sostiene esta obra, **fracasar no es fracasar si sabemos sembrar allí la semilla de algo mejor.**

La idea

Cuando los antiguos griegos fracasaban en alguna propuesta o proyecto, el método del escarnio público se consideraba la manera más correcta de abordar tal suceso. A quien había fracasado, se lo colocaba en un banco en medio de la plaza para que todos observaran al fracaso encarnado en ese ser humano. Además, se lo estigmatizaba para que nadie en su sano juicio hiciera tratos o prestara su confianza al sujeto en cuestión. En nuestros días la situación no ha cambiado mucho; la estigmatización del fracaso sigue vigente, en nuevas y más audaces formas, pero presente aún.

Desde temprana edad nos enseñan a ser “buenos”, a obedecer y a callar todo cuanto los oídos adultos no estén preparados para escuchar. Por otro lado se censura la curiosidad, se hace burla del error y se aplacan los instintos naturales de exploración del mundo. En la entrada al mundo social a través del sistema educativo formal, el cuadro de referencia familiar se perenniza con una

evaluación centrada en el error y no en el acierto para mejorar, sino para castigar la falta. Así llegamos a la adultez, llenos de inseguridades y el temor intrínseco de no cometer equivocaciones para nunca fracasar, aunque esto nos cueste la vida.

Fracasar duele. Es incómodo, desmotivante y, a veces, paralizante. Sin embargo, si se mira con una lupa más amplia, el fracaso no es el enemigo del éxito, sino su origen oculto. Como afirmó Napoleon Hill: ***“Cada adversidad, cada fracaso, cada angustia, lleva consigo la semilla de un beneficio igual o mayor.”*** Esta idea, respaldada por la investigación contemporánea y por historias reales de superación, sugiere que el fracaso, lejos de ser una señal de derrota, puede convertirse en el punto de inflexión más poderoso del crecimiento personal, profesional y organizacional.

Desde el enfoque del desarrollo humano, el fracaso es una oportunidad crítica para fortalecer competencias como la resiliencia, el aprendizaje autorregulado y la toma de decisiones consciente. Estudios realizados por la *Harvard Business School* (Gompers et al., 2010) revelan que los emprendedores que han fracasado al menos una vez tienen un 20% más de probabilidad de tener éxito en su próximo emprendimiento, comparado con quienes nunca han fracasado. Este dato desmonta la noción de que evitar errores es la mejor estrategia, y nos invita a considerar al error como un maestro exigente pero generoso.

Desde una mirada psicológica, el fracaso bien gestionado puede potenciar el desarrollo de la resiliencia. Según la *American Psychological Association* (2018), el 71% de las

personas que superan un evento difícil o una caída significativa experimentan una sensación aumentada de fortaleza personal. Este fenómeno es conocido como *crecimiento postraumático*, y ha sido ampliamente estudiado por Richard Tedeschi y Lawrence Calhoun, quienes sostienen que muchas personas, luego de experimentar pérdidas, fracasos o crisis, logran resignificar su historia y emerger con una nueva perspectiva sobre sí mismas, los demás y el mundo.

No obstante, para que el fracaso se transforme en una semilla fértil, es necesario un cambio en la narrativa personal y colectiva. En la tradición de la psicología narrativa (McAdams, 2001), se entiende que **lo que nos afecta no es solo el hecho de fracasar, sino la historia que construimos alrededor de ese fracaso y más aún, la historia que nos contaron nuestros padres o figuras de seguridad sobre el fracaso y el error.** ¿Lo interpreto como prueba de que no sirvo? ¿O como parte inevitable del proceso de aprendizaje? El reencuadre cognitivo y emocional es clave. Así lo demuestra también la teoría de la *mentalidad de crecimiento* de Carol Dweck (2006), quien encontró que las personas que creen que pueden mejorar sus habilidades a través del esfuerzo y la reflexión tienen un rendimiento superior, incluso cuando experimentan múltiples fracasos.

El ámbito organizacional también ha comenzado a valorar el error como parte de la innovación. Amy Edmondson, autora del concepto de *organizaciones psicológicamente seguras*, demuestra que las empresas que permiten el aprendizaje a partir del error tienen un 43% más de índice de innovación (Harvard Business Review,

2018). En otras palabras, una cultura que castiga el fracaso produce miedo y rigidez; una que lo comprende y lo evalúa críticamente, produce creatividad, adaptabilidad y crecimiento.

“La diferencia entre la gente promedio y los triunfadores es su percepción y respuesta al fracaso.”

John C. Maxwell

El problema no es fracasar, sino no saber qué hacer con ese fracaso. Cuando el error se convierte en vergüenza o estancamiento, se pierde su valor. Pero cuando es integrado como parte del proceso, el fracaso se convierte en el trampolín que empuja a lo mejor de cada uno.

En conclusión, el fracaso es una semilla. Como toda semilla, necesita oscuridad, paciencia y cuidado para dar fruto. La clave está en cómo lo interpretamos, qué aprendemos, y qué hacemos después. ***En lugar de evitar el error a toda costa, es necesario aprender a fallar mejor, con conciencia y propósito. Porque en cada caída habita, potencialmente, el germen de un bien mayor. Solo hay que atreverse a sembrarlo intencionalmente para hacer un fracaso exitoso.***

Quizá tu pregunta sea ¿qué hago ahora? La respuesta es muy simple: relee y permite que tu cerebro reconecte y genere sus propias rutas de acción. No es magia, es neurociencia.

Sobre el Autor



Mauricio Batallas

Psicólogo clínico especialista en comportamiento humano aplicado al desarrollo. Máster en Educación, diplomado en Neuroeducación y Neuroligüística en Medicina, Formador certificado y Coach en procesos de reestructuración cognitiva. Mediador certificado, Formador de Formadores, Diplomado en Managment y Liderazgo para el Alto Desempeño, Conferencista, docente universitario, panelista en diversos medios de comunicación y creador del Modelo NOUS de desarrollo humano.